

## RETIRADA

Corría la noticia de que el viejo rey de los criadores de caballos se encontraba en el interior de la fortaleza y los lugartenientes de Orthanc, esos negros uruks que tantos humos se daban, no cejaban en su empeño de tomar Cuernavilla al precio que fuera. Surcor había recelado desde un principio de los planes de guerra elaborados en el Colmillo. Al comienzo de la batalla no podía disimular su temor e inquietud y se le veía maldecir una y otra vez.

- ¡Demonios de Morgul! Ese maldito plan no tiene ni pies ni cabeza. Idiotas. ¡Ojalá reventaran y los gusanos se comieran sus restos! Un ataque frontal será un suicidio. ¿Pero en que piensan esos monos?

Era el orco más grande y fuerte de la tropa, no se arredraba ante nadie y contaba sus combates por victorias, pero no quería enfrentarse a la cara de la muerte antes de lo que le correspondiera.

- Tu turno, Surcor. Dile a los tuyos que se acabó el holgazanear. Vamos a ver de que material están hechos.

- No sabes lo que hablas, enano. Vas a comprobar lo que son auténticos soldados y no la canalla que te sigue –y sin apenas tomar aliento hizo un gesto hacia las murallas y gritó un sonoro ¡ADELANTE!. Acto seguido comenzó a correr, y con él un nutrido grupo de orcos y montañeses–. ¡Vamos, vamos perros! Desenvainad y preparaos para cortar cabezas. Esta noche vamos a ungirnos en la sangre de los criadores de caballos –decía mientras el agua de lluvia resbalaba sobre su cara.

El camino hacia la fortaleza se volvió accidentado cuando empezaron a topar con la retaguardia de las últimas tropas enviadas y pisotearon los primeros cuerpos caídos. Surcor perdía la voz exigiendo disciplina y que no se separara ninguno de la tropa principal, pero no era fácil en aquel caos mantener en orden a una horda de por si poco dócil y subordinada. Continuaba el ascenso, con rapidez, y ya quedaban atrás las lomas que rodean el abismo de Helm. Los orcos seguían corriendo, como si el mismísimo Señor de Lugbuz viniera tras ellos.

La consigna era clara: o vencían a los pálidos ahora que se habían atrincherado en esta maldita ratonera o probablemente su destino no valdría nada. Todos conocían cual era la desagradable forma de tratar a los prisioneros que tenían esos miserables descendientes de caballos y como se comían vivos a los que capturaban. Saruman les había contado mil veces que no dejaban supervivientes sino que daban de comer a sus caballos con el pellejo de los vencidos.

- ¡Por aquí! Una brecha, por aquí –. Mientras hablaba Surcor una fina lluvia de dardos mortales se precipitaba desde las murallas y derribaba, fila tras fila, a muchos de sus mejores luchadores, que se desmoronaban como marionetas a las que se hubiese cortado los hilos para ser pisoteados inmediatamente por la siguiente oleada de guerreros. Un ariete había conseguido soportar la avalancha de piedras y flechas que les lanzaban y parecía haber abierto un hueco, pero un grupo de defensores mantenía la posición fieramente. Un rohir y un norteño de brillante espada por lo que pudo ver Surcor, a los que se sumaron rápidamente más y más sitiados.

De repente una bola de fuego, o eso creyó ver, sobrevoló las cabezas de los atacantes en dirección a la muralla y provocó un tremendo estampido ¡Magia de Orthanc! se oía gemir a los rohir. Era el momento señalado para asestar un golpe letal en las murallas exteriores. Al fin se enfrentaron cuerpo a cuerpo a los primeros defensores, un grupo desesperado de rohirrim que vendía cara su piel y ya acumulaba a sus pies una pila de orcos y hombres caídos. Surcor se abalanzó sobre ellos, giró repentinamente su arma una, dos, tres veces, y en apenas unos minutos sus brazos se llenaron de sangre y los hombres yacían muertos. La visión de los caídos infundió nuevos ánimos a Surcor y los suyos, olvidando su incierto futuro. Este último se puso a reír, haciendo temblar a los defensores cercanos. La toma del muro bajo se había consumado. Pero aquello no era más que el principio de una larga noche.

\* \* \* \* \*

Alrededor de Surcor se acumulaban los cadáveres de sus hermanos y de los salvajes hombres de las Montañas Blancas, de ojos oblicuos, que se habían unido a las tropas isengardas merced a su odio por los jinetes y a los tesoros que les concedía el dueño de la torre. El día, la temida cara amarilla, pronto haría acto de presencia y la moral de los suyos bajaría repentinamente. Los artificios del Mago Blanco, la nube de oscuridad que les acompañó desde

el inicio de la campaña, la explosión que casi se lleva por delante al misterioso norteño que intentó lanzar un discurso a los orcos no serían suficientes para evitar ese mal. Sus tropas se encontraban en gran parte aniquiladas ante la tenaz resistencia de los sitiados y restos de otras huestes se le unían constantemente para perecer al poco tiempo frente a las puertas de la fortaleza. Los gemidos desgarradores de los heridos se mezclaban con los gritos de los combatientes: ¿Dónde está el capitán Grash?, ¡Retroceded, retroceded!, Por aquí, rápido, ayuda. Alguien golpeó a Surcor el hombro sacándole de su momentáneo ensimismamiento. Era el chaman. Surcor, como toda la tropa, tenía a aquel extraño orco por una carga molesta, una obligación impuesta por Saruman, pero siendo supersticioso como era procuraba evitar encolerizar al tipo.

- ¿Qué? –gritó el guerrero.

- Mira allí –y el chaman señaló hacia el norte–. Algo se acerca. Algo a lo que temer.

- Mudo, ven aquí –Nashtug, un inmenso montañés que portaba un hacha de combate se acercó de inmediato a su jefe–. Tú que tienes buena vista. Mira allí. ¿Qué ves?

El mudo entornó los ojos y dirigió su mirada al lugar indicado. Después contempló a su jefe. No hicieron falta más palabras para Surcor, que exclamó en dirección al fragor del combate, con todas sus fuerzas: “RETIRADA, RETIRADA.” Pero muy pocos le oyeron.

\* \* \* \* \*

- Seguidme. Seguidme todos. Vamos, no hay tiempo, vamos –. Alentando a los pocos que le habían seguido a tiempo Surcor dirigía a unos treinta seres hacia el oeste. Llevaban más de quince minutos corriendo sin parar. Ya no les quedaban fuerzas y a todos les costaba respirar. Por fin, hicieron una corta parada. Pero apenas pasados unos segundos, entre jadeos, Surcor dirigió su dedo índice hacia el sur, hacia la falda de las Montañas Blancas. El desaliento se hizo palpable entre sus seguidores, sin necesidad de palabras. Pero el jefe había tomado esa decisión tras pensar, acertadamente, que los Vados sería el primer lugar que barrerían los vencedores de la batalla, y en la montaña perderían la ventaja de la montura. Retornar a Isengard era imposible ya.

Hizo un recuento mental de sus “tropas”. Estaba el chaman, Nashtug, otros ocho o nueve de sus orcos, un grupo de no más de seis montañeses que miraban desconfiados a los otrora aliados y once orcos entre isengardos, medio-orcos y norteños, restos de otras tropas que oyeron a tiempo el grito de Surcor. Uno de sus orcos se agarraba con furor el estómago apretándolo con sus zarpas ensangrentadas. Los demás estaban exhaustos y llenos de rasguños y heridas. Una sola palabra le vino a la mente. Desastre.

- Continuemos –exclamó. Echó a correr, dando largas zancadas, en dirección sur sin comprobar si alguien le seguía.

\* \* \* \* \*

Yelmo de Elfo rumiaba las frases de Gandalf. Demasiado optimista le parecía su evaluación de las bajas del enemigo y se sentía más dispuesto a creer que algún contingente de esos malvados seres estaría apostado en las cercanías, a la espera de su partida, para atacar a los pocos que quedaran en Cuernavilla. Un soldado que se acercó con prisa rompió el hilo de sus pensamientos.

- Señor, sus sospechas eran fundadas. Un grupo de Orcos parece que consiguió huir hacia el oeste, poco antes de llegar... –con un gesto se dirigió al frondoso bosque que se erguía, contra toda lógica, en las inmediaciones del Abismo de Helm–, nuestros extraños aliados. No molestaría a mi señor con esta cuestión por la cantidad tan pequeña de seres que consiguieron escapar si no fuera por la amenaza de que contacten con las tribus dunlendinas de Enedwaith y aviven en ellos los viejos odios, como en tiempos de la muerte de Freca.

- ¿Cuántos crees que huyeron? –preguntó el bravo soldado Rohir.

- No serían más de treinta. Muchos de ellos heridos. Hemos encontrado rastros de su espesa sangre hacia el oeste. No deben de andar muy lejos.

- Esos orcos no tienen muchas opciones. Tan solo pueden dirigirse a los Vados del Isen o intentar, como tú dices, ascender montaña arriba en busca de alguna tribu dunlendina que les quiera escuchar.

Gandalf y Theoden se habían acercado al grupo mientras charlaban acerca de los preparativos del viaje a Isengard. Al llegar a la altura de Yelmo de Elfo escucharon sus palabras y se aproximaron al unísono curiosos.

- ¿Hay algún problema, Yelmo de Elfo?

- Disculpad, mi señor. No pretendía importunaros en estas horas sombrías en que tantas cuestiones de auténtica importancia se debaten. Pero si deseáis conocer cual es el motivo de mi preocupación, sabed que se debe a la posibilidad de que un grupo poco numeroso de atacantes haya conseguido huir hacia la montaña en busca de aliados dunlendinos.

- Te veo cansado, Yelmo de Elfo. La batalla ha sido dura y no hace tanto que tuviste que enfrentarte a los orcos en los Vados –una silenciosa mueca de tristeza cubrió las facciones del Rey durante los breves segundos que le vino a la mente la muerte de su hijo—. Elige a alguien de tu confianza y encomiéndale la misión de localizar y dar muerte a esos orcos. Y ven a mí pronto, para darme noticias sobre lo que aconteció a Theodred.

Cuando ya Theoden se alejaba, inmersos sus pensamientos en los preparativos de la partida por olvidar otras cuestiones más penosas, Gandalf se acercó a Yelmo de Elfo.

- No distraigáis demasiados hombres en esa búsqueda. Preveo que harán más falta en Mundburgo que buscando a un grupo de orcos por la montaña. El futuro, incierto para vuestro reino, no existe ya para los sirvientes de Saruman.

- Así será, señor.

\* \* \* \* \*

El erial quedó silencioso cuando el último orco de la cuadrilla se perdió en las alturas. Entonces Surcor acercó su cara a la del herido y se quedó mirándole. Este se puso a llorar a los pocos segundos, consciente de que su jefe le estaba evaluando, pues el veredicto era claro. Iba a morir. Surcor, finalmente habló.

- No quiero que llores. Entre mis orcos no hay llorones, ¿entiendes? –le siguieron unos instantes de silencio, mientras el herido se rehacía y calmaba su llanto—. Bien, tú sabes que con eso –y apuntó con la mano el lugar del que manaba abundante sangre– no vas a llegar muy lejos. No, no contestes, no es una pregunta. Bien. Ahora escúchame atentamente. Tienes dos

opciones. Una es continuar subiendo con el resto, notar cada paso como se abren tus tripas y como el dolor te inunda. Al final llegaremos a algún lugar resguardado y te echarás a dormir. Al día siguiente, probablemente estarás muerto.

- Pero, el chaman...

- Ya hablé con él y ha sido claro –dijo mientras miraba significativamente las heridas. Después siguió un profundo silencio que volvió a quebrar Surcor–. La otra opción es que te escondas lo mejor posible entre estas peñas, esperes a nuestros perseguidores y les sorprendas en plena ascensión. Sería la oportunidad de mandar a alguno de ellos al infierno y morir como un auténtico guerrero.

- No quiero morir. Tengo miedo, Surcor –jadeaba suplicante el moribundo. Sus manos temblorosas se aferraron al brazo de Surcor–. ¡No quiero morir!

- ¡Demonios de Utumno! –exclamó, soltándose de la presa involuntaria–. Yo no sé que nos espera al otro lado. No sé si el infierno de Mandos, las puertas de la noche, el reino de Morgoth o la resurrección como espectro es el destino de los orcos. Pero te prometo que si te quedas aquí y acabas con uno solo de los pelo-paja, en cuanto muera, yo mismo te iré a buscar en persona al averno al que se dirija tu espíritu y te sacaré de allí para llevarte conmigo, aunque me lo impidiera el mismo Ojo Rojo. ¿Entiendes? No pienso abandonar a uno solo de mis orcos, aun en los infiernos que nos hayan reservado en Lugbuz.

- ¿De verdad vendrías a buscarme? –preguntó en tono serio el herido. Una nueva luz apareció en sus pupilas. Una luz que irradiaba esperanza y agradecimiento.

- Por supuesto, rata miserable –dijo sonriendo Surcor–, y ahora a hacer tu trabajo. Demuestra a esas larvas de lo que es capaz un orco acorralado.

Surcor se irguió y así permaneció durante unos segundos, junto al orco al que no dejaba de mirar. En sus ojos se mezclaba la tristeza y la admiración. Finalmente, comenzó a subir en busca del resto de su hueste, esperando irracionalmente, que un golpe de fortuna deparara mejor suerte al soldado que dejaba atrás. A su espalda le pareció oír una despedida premonitoria.

- Nos vemos en el infierno, Señor.

\* \* \* \* \*

Comenzaba a clarear un nuevo día y los orcos, extenuados por la subida, se quejaban con las pocas fuerzas que les quedaban. Surcor sabía que infundir ánimo a su hueste era imposible. La mayoría tenía muy mal aspecto y no aguantaría otros dos días a ese ritmo. El cansancio se acumulaba en sus músculos y habían llegado a abandonar cascos y escudos conservando las espadas por mero hábito. Se hacía necesario encontrar un lugar resguardado en el cual hacer un alto y, si era posible, descansar las horas en que la cara amarilla abrasaría los ojos y la piel de los suyos.

Nashtug movió sus brazos para llamar la atención de todos y señaló un punto indefinido a la derecha. Surcor se acercó al mudo y dirigió su mirada hacia el lugar indicado. Todos los demás aprovecharon para sentarse o tirarse sin más al suelo. Una cueva. Nashtug había encontrado una cueva.

- ¿Quién os ha dado permiso para descansar, zoquetes? –pero ya no era el vozarrón plétórico de otras veces–. Arriba, vagos. Nashtug ha dado con una cueva junto a esas peñas. Una vez lleguemos allí os dejaré descansar una hora o dos.

Bufidos y exclamaciones de queja y desconsuelo se alzaron de la pequeña tropa, pero todos se levantaron y comenzaron a caminar en pos del refugio vislumbrado por el mudo.

\* \* \* \* \*

Éothain se dijo que aquello era culpa de la desgana con que había encarado su misión y se prometió que no volvería a suceder, que no moriría ni uno solo de sus hombres de nuevo por un descuido como aquel. A sus pies yacía el cuerpo apuñalado de un rohir. Unos pocos metros más a la izquierda, ensartado por dos flechas que sobresalían de su espalda, un oscuro orco.

Desde que Yelmo de Elfo le encomendó señalar unos cuarenta hombres y seguir al grupo de enemigos huidos muchas cosas se habían hecho mal. Casi ninguno de los rohir quería dejar a su Rey partir a Mundburgo, a una batalla desesperada, e incluso dejar el acuartelamiento y defensa de Medusel o de Cuernavilla, para salir en busca de un grupo de esquivos orcos, montaña arriba, y regresar para, tal vez, encontrar que todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Por tanto se mostraron reticentes, disconformes y de mala gana emprendieron el camino los elegidos.

Luego se perdió la pista inicial y hubo de desandarse un gran trecho para recuperarla con la consiguiente pérdida de tiempo. Los descansos se hacían excesivamente largos pues todos estaban fatigados y desganados, y nadie quería continuar la persecución. Se descuidaron las guardias y no se mandaban exploradores por delante. Así sucedió que les sorprendió aquel ser órquico, aquella pesadilla de la mente del mago que en otros tiempos fue aliado y amigo. De un rápido tajo segó la vida de uno de sus hombres. La respuesta fue inmediata por parte de los rohir y como quiera que el orco parecía herido y caminaba dando traspiés fue blanco fácil para las flechas de dos de los arqueros.

Pero había algo más que las desagradables facciones del orco, algo más que su forzada postura al caer, algo más que le hacía enfurecer al rohir. Aquel maldito orco parecía estar sonriendo.

\* \* \* \* \*

Después de otro breve descanso se adentraron en la fría y húmeda cueva. La oscuridad reinante era un alivio para muchos de los orcos pero no así para los montañeses que les acompañaban, que mostraban un temor reverencial e incomprensible.

Unos cientos de metros después todos quedaron como congelados. Una especie de temblor había recorrido la cueva y tras él un extraño sonido, como un rugido lejano y apagado.

Uno de los orcos de Surcor fue el primero en hablar.

- ¿Qué ha sido eso?

Los demás orcos, comprobado que no se trataba de una ilusión propia, comenzaron a discutir y atropellar sus palabras. Un ser de las cuevas, un demonio de Lugburz, un terremoto, la cueva se nos va a caer encima. El histerismo fue cortado de raíz por Surcor.

- ¡Callad! Monigotes, ratas cobardes. Lo que habéis oído es un simple temblor de tierra. Nada a lo que temer. Estas montañas son viejas, y se quiebran por dentro movidas por el poder que las dio el Primer Señor Oscuro. Estamos en nuestro territorio y no quiero oír más tonterías. ¿Entendido?

Un tanto disconforme, la heterogénea tropa continuó su camino. No habría pasado una hora cuando la angosta y pequeña cueva por la que circulaban cedió paso a una caverna de

proporciones descomunales. En el centro, dos gigantescos pilares de hielo o piedra, hacían las veces de columnas que sostuvieran una bóveda para gigantes. Desde el lugar en que se encontraban descendían resbaladizas terrazas de agua cristalizada hasta la base de aquellos inmensos pilares. Por todas partes se escuchaba el sonido de agua corriendo, pequeños manantiales, el eco continuo del gotear de estalactitas.

Uno de los montañeses cuchicheaba algo acerca del anterior sonido, pero los orcos veían en el lugar un sitio agradable en que descansar y defenderse de ser necesario. Al otro lado, justo enfrente, se abría otra caverna como la que ellos venían transitando. Cuando ya se precipitaba al interior de la caverna el primero de los orcos el chaman le impidió el paso. Interpuso su cuerpo entre la entrada y sus compañeros.

- No, Surcor. No entréis.

- ¿Qué sucede? –replicó dudoso el gran orco.

- Un gran mal acecha dentro de este lugar. Un destino funesto nos aguarda en su interior.

- Oh, vamos, déjate de estupideces. No es momento para magias y fantasías. Estamos todos cansados y ...–razonaba Surcor.

- ¡No! Por aquí no pasará nadie –. Los ojos desorbitados del viejo orco acechaban al que pretendiera acercarse y sostenía con fuerza un objeto en el interior de la palma de su mano izquierda en clara actitud amenazadora.

- Vamos, aparta de ahí, viejo. Hemos aguantado tus tonterías bastante más tiempo del que merece ningún loco. Si algo maligno se encuentra en el interior de la cueva ¡por la mano blanca que más le vale dejarnos en paz!

La tensión, cada vez mayor, dejó a todos atenzados, a la espera de cual sería el resultado de un eventual enfrentamiento entre el fuerte guerrero orco y el taimado chaman. Durante interminables segundos los dos orcos enfrentaron sus miradas. Los puños ya blancos del chaman apretaban con fiereza lo que quiera que portara su mano. Finalmente cedió el chaman, se apartó y masculló una maldición que solo él pudo oír. Uno a uno fueron entrando y descendiendo los orcos, tras un gesto de Surcor en ese sentido. Tan solo los dos contendientes

mantuvieron sus posiciones hasta que no quedó nadie junto a ellos. Surcor, entonces, quebró el silencio:

- ¿Te parece que estamos poco nerviosos y cansados como para entretenernos con adivinanzas y miedos? -. El chaman hizo el gesto de replicar pero Surcor alzó una mano amenazante-. No. Calla y escucha. Aquí estamos heridos y cansados los únicos supervivientes del desastre de Cuernavilla. Por si no te has dado cuenta nos hemos quedado sin hogar, sin alimento, sin amigos, sin amo y probablemente sin futuro. Pero este no es momento de pensar en ello. Primero vamos a sobrevivir a esta huida y luego tendrás tiempo para tus malos augurios. Entretanto gocemos de lo que nos quede de vida. Deja de enfrentarte a mí y no intentes asustar a los pocos que quedamos.

- Yo pretendo avisaros de lo que mis poderes me indican. Es poco lo que gozaréis de vuestras vidas si no me hacéis caso –replicó el chaman.

- Utiliza esos poderes, si es que son ciertos, para ayudarnos y no para asustarnos – sentenció Surcor, echando a andar hacia la boca de la cueva.

\* \* \* \* \*

Los orcos bajaron hasta la base de los inmensos pilares. Localizaron un lugar en que hacer una nueva parada, descansar y llenar los odres ya vacíos con el agua helada que corría abundantemente.

A intervalos irregulares volvía a notarse un ligero temblor, a veces seguido por una pequeña lluvia de polvo y cristales de hielo, pero todos procuraban no hacer caso a los mismos y volvían a sus conversaciones ociosas en cuanto dejaban de sentirlo.

Pasada una hora más o menos, Surcor comenzó a dar órdenes. En primer lugar había que asegurar la posición para poder dormir con tranquilidad. Con ese objetivo se acumularon cascotes traídos de un lado y otro de la cueva, se colocó a dos montañeses como vigías a la boca de la cueva por la que habían llegado y se envió a otros cuatro, entre orcos y humanos, para que examinaran a donde desembocaba la otra abertura.

\* \* \* \* \*

- ¡Alto! Mirad esto. Aquí estuvieron esas inmundas criaturas.

Un rohir se agachó y examinó algunos de los sucios harapos desparramados sin cuidado por el suelo.

- Nos llevan al menos medio día de ventaja. Pero no cuentan con refuerzos por lo que veo. El rastro se dirige hacia esas rocas de allí.

- Parece la entrada de una cueva –dijo otro de los hombres.

- Vamos. Y mirad bien donde ponéis los pies. No quiero que vuelvan a cogernos por sorpresa -ordenó Éothain.

\* \* \* \* \*

Demasiado tiempo, pensaba Surcor. Hacía ya mucho rato desde que partieron los cuatro exploradores a examinar la otra cueva, y no habían regresado todavía. Pero lo más inquietante era el aumento de intensidad de los temblores y rugidos apagados. La mayoría de sus seguidores estaban frenéticos y no cesaban de cuchichear. Peor aún era el silencio del chaman. Apartado del grupo, parecía ser el único que no prestaba atención a los alarmantes sonidos procedentes de la lejanía. El caudillo orco no pudo esperar más y se acercó a consultar al chaman.

- ¿Qué temes? Se claro y deja los acertijos para otro momento.

- No lo sé.

- Excelente ayuda –clamó indignado Surcor y regresó al grupo. Se fijó en los demás y comprendió que ninguno tenía ganas de dormir, pese al cansancio acumulado.

- Esos cuatro monos no regresan. Vamos a buscarlos. Que se queden aquí... –decía Surcor cuando se vio interrumpido por los dos vigías montañeses que gesticulaban desde lo alto de la caverna.

- Luces, señor. Alguien viene por la cueva. Parecen pálidos y creo que nos han visto.

- ¡Lugburz! Rápido, coged vuestras armas y poneos a cubierto. Les tenderemos una emboscada. Argruk, detrás de esa roca. Vosotros dos, allí. Nashtug, sígueme. Los demás escondeos y ¡rápido!

Al cabo de pocos momentos apareció la primera antorcha por la boca de la cueva. Se detuvo allí mismo y su portador murmuró algo a los que le seguían. Se acumularon varios hombres en la cornisa, silenciosos. Eran los rohirrim. Un minuto. Los orcos permanecían tensos

en sus posiciones esperando la señal de su jefe. Las antorchas comenzaron a iluminar el lugar según se iban desplazando, muy lentamente. Dos minutos. Un temblor, y un rugido, esta vez mucho más cercano que hasta entonces. Los rohirrim pararon en seco. Apuntaron a todas partes con sus arcos y lanzas. Varios hablaron en voz baja con palabras que no lograba escuchar Surcor, pero que denotaban temor. Tres minutos. Los pálidos avanzaban con mayor cuidado, buscando los recodos en que esconderse, e iban descendiendo poco a poco a la segunda balastrada. Cuatro minutos. Un grito desgarrador. De la boca de la cueva contraria, salió tropezando un orco moribundo, dio apenas dos pasos y cayó rodando durante largo rato hasta la base de los pilares. Los orcos que lo vieron pasar quedaron horrorizados por las heridas y el aspecto de su compañero. Todas las miradas se dirigieron instintivamente primero al cadáver, después a la entrada de la cueva por la que este había aparecido.

Un nuevo temblor, tremendo esta vez, rompió la momentánea quietud, y ya no cupo duda respecto a la procedencia del rugido. Lo que quiera que lo producía se acercaba por el oscuro túnel del que salió el orco muerto. Los rohirrim se replegaron y apuntaron sus armas sin saber a qué atenerse. De la cueva entonces emergió una forma de pesadilla. Un ser abominable y grandioso, de áspero cuerpo negro y ojos embutidos en cuencas lechosas, tal vez ciego tras milenios de deambular por oscuros pasadizos. Se desplazaba sobre la inmensa mole de su cuerpo, como un caracol, y dos extremidades bulbosas le servían para asir lo que desease. La mayoría de los orcos enloquecieron de miedo al ver semejante aparición acercándose a sus posiciones con precisión inaudita para un ser tan grande, y echaron a correr.

Hasta entonces paralizado por el miedo, Surcor se levantó con furia. La emboscada se había desbaratado y solo quedaba una salida: machacar a ese ente del pasado y huir por donde había aparecido.

- ¡Seguidme cobardes! ¡Seguidme o prometo mataros yo mismo!

Nashtug y la mayoría de los isengardos le siguieron y se lanzaron contra el monstruo. Dos de ellos, apenas se acercaron, fueron capturados por sus extremidades y llevados hacia la boca entre alaridos de horror. Nashtug, hacha en mano, golpeó con insistencia uno de los flancos de aquel horrible ser logrando abrir una herida de la que manó espesa y oscura sangre.

El monstruo, enloquecido por el dolor, soltó a uno de los orcos con violencia y golpeó a Nashtug en el costado, haciéndolo caer herido unos metros más abajo. Otros dos orcos saltaron desde su retaguardia y clavaron sus afiladas espadas. El monstruo entonces giró sobre sí mismo para deshacerse de los nuevos atacantes, aplastando a uno de ellos con el peso de su inmensa mole. Surcor aprovechó la desorientación de aquel ser tras el giro y le abrió una herida con su espada que hubiera acabado con un hombre robusto. El monstruo intentó golpearle pero Surcor saltó hacia atrás a tiempo y golpeó de nuevo. De este modo, acercándose y alejándose, siempre atacando por los lados y esperando que los demás le distrajeran antes del siguiente golpe, consiguió asestarle varios tajos, pero finalmente no pudo esquivar a tiempo una de las embestidas y cayó cerca de donde Nashtug yacía sin sentido.

Surcor volvió a la consciencia pocos segundos, entre terribles dolores. El combate continuaba arriba pero no podía moverse: las piernas no le respondían. De su estómago fluía abundante sangre, y cada exhalación de aire le provocaba agudos dolores en el pecho fracturado. Iba a morir. Una figura se acercó a él. Era el chaman. Le puso algo en la mano y acercó la boca a su oreja.

- Toma un regalo que a la vez será tu muerte. Aguanta lo que puedas, y antes de desfallecer, lánzalo lejos, hacia el monstruo –y se marchó a toda velocidad.

\* \* \* \* \*

Los rohirrim miraban paralizados la escena, sin saber a que blanco era preferible disparar. Desde tanta distancia no distinguían con claridad que sucedía en aquel torbellino de actividad como tampoco pudieron ver como uno de los orcos más grandes levantó dudoso el brazo y, con un último gesto de fuerza, lo giró lanzando una pequeña esfera oscura en dirección al monstruo. Un tremendo estallido sacudió la cueva y todo se volvió luz, poco antes de que el techo de la caverna cediese sepultando a todos.

Miguel González *Mandos*